

¿En qué sociedad vivi(re)mos? Tipos societales y desarrollo en el cambio de siglo **Manuel Antonio Garretón**

Hay diversas maneras de abordar las perspectivas de la humanidad en el fin de siglo. Una, dentro de muchas disponibles y muy restringida por cierto, es entender cómo las sociedades se han ido organizando. En este sentido, podríamos identificar al segundo milenio como aquel donde se verifican una serie sucesiva de ensayos de la humanidad para constituir comunidades políticas. Desde este punto de vista, entonces, es que quiero abordar los dilemas del fin de siglo e inicios del próximo. Frente a este tema, lo único que podemos decir es cuáles van a ser quizás ciertas tendencias, ciertas grandes opciones a comienzos del próximo milenio, y a qué tendencias esas opciones dan origen. Pero reconozcamos que, inmediatamente después, éstas van a dar origen a otras grandes opciones y decisiones, de las cuales no podemos predecir nada, porque las ignoramos completamente.

Al trabajar con la organización de la sociedad, el ámbito en el que me voy a mover es muy limitado, específico, preciso. A saber, qué tipo de sociedad estamos viviendo y qué transformaciones está experimentando que se acentuarán en el futuro. Pero esta sociedad en que estamos viviendo, es más una sociedad de ruptura que un tipo societal cristalizado como, por ejemplo, lo fue la sociedad feudal o, como veremos, la sociedad industrial. Por ello está dotada de una plasticidad que la hace más difícil de predecir en el largo plazo.

Las dos hipótesis que quiero desarrollar aquí son, primero, que las sociedades históricas concretas que conocemos hoy día (por ejemplo, Chile, Brasil, Argentina, Estados Unidos, Francia, o la sociedad latinoamericana o europea, etc.) son una mezcla, una combinación de, al menos, dos tipos societales, cada uno de los cuales no se da nunca en forma pura y a su vez incorpora elementos de otros tipos societales. En términos weberianos, trabajaremos con tipos ideales que nunca coinciden con los tipos históricos reales. La segunda hipótesis es que asistimos no sólo a un cambio en el modelo societal o el tipo de modernidad sino también a una transformación del modelo de desarrollo, cambio o «modernización» de las diversas sociedades históricas.

Dicho de otro modo, asistimos a un cambio sincrónico y diacrónico, a una transformación de la modernidad misma y de los procesos de desarrollo o de constitución de las diversas modernidades. Ello constituye el fenómeno principal del fin de siglo y marcará el próximo.

La sociedad industrial de Estado nacional

¿De qué sociedad estamos hablando cuando decimos la sociedad actual? Podemos pensarla como la presencia combinada de dos tipos societales. Uno de esos tipos, para darle cierto nombre, es la sociedad industrial de Estado nacional. El otro tipo es el que denominaremos, a falta de otro nombre mejor, la sociedad post-industrial globalizada. Insisto, ambos tipos están presentes en diversos grados, formas y relaciones entre ellos en las sociedades que conocemos y en las que vivimos. Son más bien dimensiones de éstas.

La sociedad industrial de Estado nacional —y siempre caricaturizando, siempre haciendo un ejercicio de abstracción— tiene como rasgo principal una forma de organización en torno a la producción, el trabajo y la política. Y en torno a la producción y el trabajo y la conducción general de la sociedad que llamamos Estado y política, se constituyen actores sociales que interactúan en un determinado espacio que llamamos sociedad, y que se caracteriza por la correspondencia entre economía, política, cultura y organización o estructura social.

Es evidente, por ejemplo, que las instituciones culturales llamadas escuela, liceo o universidad, guardan una cierta correspondencia con la sociedad industrial de Estado nacional puesto que son

los lugares donde se desarrolla la personalidad, se reproduce una herencia cultural, se producen o reproducen conocimientos y se prepara para la ciudadanía y el trabajo. Es evidente que el tipo de familia y las variantes que conocemos, donde se combinan conyugalidad con parentalidad, socialización y afectividad, tienen que ver también con este tipo de sociedad y que no son las mismas que se dieron en otros tipos societales.

Entonces, tenemos una correspondencia entre economía, organización social, cultura y política en un espacio determinado, que se llama sociedad y que, para ser más precisos, tiene una frontera y esa frontera está definida por lo que llamamos polis. O sea, la sociedad industrial de Estado nacional, es una polis, lo que significa un «centro», que puede ser democrático, autoritario, monárquico, o de cualquier otro tipo, pero hay un centro donde de algún modo se toman decisiones. La política, en cualquiera de sus formas es la expresión principal de la vida social.

En este tipo de sociedad, tenemos también una correspondencia, teórica por supuesto, entre ética y moral. Hay principios éticos —absolutos, tradicionales o convencionales— que se expresan en normas de conducta que llamamos moral. La clásica trilogía valores-norma-conducta supone una cierta correspondencia entre estos elementos.

Cuando decimos correspondencia, no decimos determinación. No es que una dimensión o estructura determine a la otra, sino que existen mutuas determinaciones, las que varían según época y lugar. Tampoco implica de por sí la noción de adecuación o coherencia de contenidos, puesto que las dimensiones o componentes considerados pueden estar en tensión o en contradicción entre sí. Porque cuando hay contradicción o coherencia, es porque están en un mismo campo o espacio problemático. La contradicción existe entre aquellos que hacen una misma cosa. Es decir, puede haber tensión y contradicción, puede ir un principio en contra de otro, pero están en una misma problemática.

La correspondencia —sea en la forma de adecuación funcional, tensión, contradicción o conflicto— entre principios constitutivos e instituciones me parece básica, porque el otro tipo societal presente en la sociedad actual, es enteramente distinto desde esta perspectiva. Si uno afirma el principio del amor, dice matrimonio o dice familia. Si uno afirma el principio de la justicia, dice Justicia o poder Judicial. Si uno afirma el principio de la ciudadanía, dice votos, partidos, parlamento, presidente. Si uno dice trabajo, dice entonces fábrica, industria, reglas laborales, nivel educacional, nivel de ingreso, carrera profesional, organización. Ciertamente entre los principios constitutivos de la sociedad y las instituciones hay una cierta correspondencia. La sociedad industrial de Estado nacional es una sociedad de instituciones y la ausencia de éstas es su patología, cuya forma extrema de comportamiento según la visión clásica, es el suicidio. Finalmente, se afirma una correspondencia, neurótica o no, entre personalidad, estructura social y cultura.

Puede afirmarse que este tipo de sociedad es el tipo referencial que hemos vivido en los dos últimos siglos. Las sociedades se han tendido a clasificar —y no otro es el sentido de la distinción entre sociedad desarrollada y subdesarrollada— en términos de cómo están en relación a este patrón, cuánto más cerca o más lejos están del patrón sociedad industrial de Estado nacional, en su doble componente socio-económico de sociedad industrial y político-cultural de Estado-Nación.

El principio de cambio, avance o transformación de esta sociedad, era el concepto de desarrollo, entendido básicamente como el crecimiento de la producción y la expansión de la distribución de beneficios. A su vez el principio ético, era que ese crecimiento económico fuera de algún modo igualitario. Es decir, que los beneficios en ese espacio determinado de la sociedad, que crece económicamente a través de la forma de producción industrial, se distribuyan en la forma más igualitaria o equitativa. Y para ello están el Estado y la forma principal de relación entre éste y la sociedad que es la política.

La sociedad post-industrial globalizada

Hay otro tipo societal presente en las sociedades históricas concretas, aunque ninguna se identifique totalmente con él. Nos referimos a una dimensión de la sociedad actual, una manera de organizar la vida social, que podríamos llamar sociedad post-industrial globalizada.

Si hablamos de post-industrial, y no de sociedad «de la información» o del «conocimiento», o mucho menos de «post moderna», es porque no creo que sea posible aún precisar una característica o «contenido» únicos de este tipo de sociedad.

¿En qué consiste este tipo de sociedad post-industrial globalizada? Ella pareciera organizarse no en torno a la producción y al trabajo y la política, sino en torno a la comunicación y al consumo. No es que no haya trabajo, no es que no haya producción, pero este tipo societal que, insisto se entremezcla con el otro, tiene como principio fundamental, la comunicación. El lugar de encuentro de la gente no es la fábrica ni el partido ni la asamblea, son los «mail» y el espacio público creado por los medios de comunicación de masas. Pensemos, entre otras cosas en lo que significa que millones de seres humanos puedan presenciar una guerra en vivo y en directo por televisión. No estoy señalando la desaparición de los partidos y de la política ni mucho menos, sino indicando la aparición de una nueva modalidad de espacio y acción públicas que se agregan a y modifican las anteriores, con lo que se genera una nueva «totalidad», por usar una terminología clásica, ya no analizable con los mismos conceptos de la «totalidad» precedente.

Esta sociedad post-industrial globalizada, se origina en dos fenómenos fundamentales. Uno, es la llamada globalización y que tiene una dimensión económica, básicamente financiera; una dimensión cultural, básicamente comunicativa; y una dimensión política de debilitamiento del Estado nacional en manos de las dos fuerzas anteriores.

Pero, y éste es el otro fenómeno fundante, hay una respuesta inmediata de la especie humana frente a la globalización de mercados y autopistas de diversa índole: la afirmación de identidades. Estas identidades no se expresan a partir del trabajo, de la posición política, del nivel educacional. Se expresan a partir de la edad, el sexo, la religión, la región, la nacionalidad, la etnia, el color. Estamos en una sociedad que no camina, como nos dijeron en la sociología de Weber a Parsons, del particularismo al universalismo, de la adscripción a la adquisición. Se podría afirmar exactamente lo contrario, aunque lo más acertado es aceptar que estamos en presencia de sincretismos particularizantes y globalizados, adscriptivos y adquisitivos.

Así, el principio constitutivo de los actores sociales en este nuevo tipo societal y que impregna buena parte de las sociedades históricas concretas, no es la situación o categoría ocupacional o la relación con los medios de producción o con las ideologías políticas. Es más bien todo lo que tiene que ver con categorías que antes eran consideradas como simplemente geo-demográficas o de carácter subjetivo-privado.

No estamos, por lo tanto, en una situación de correlación o correspondencia entre economía, política, cultura y sociedad. Al más alto nivel cultural, puede corresponder el más bajo nivel de ingreso, un mediano nivel de participación política y una total expansión de la subjetividad en las relaciones sociales. En este contexto, no sólo es posible como lo era antes lo que llamábamos incongruencia de status, sino normal, un desempleado de tradición izquierdista, de alto nivel educacional, bajo ingreso, que sigue a gurúes hinduistas y vota por partidos de derecha o, cualquiera de estas combinaciones y sus contrarios.

En este tipo societal no se han producido ni está claro que se vayan a producir instituciones semejantes a las que conoció el tipo de sociedad industrial de Estado nacional. Ello quiere decir que al entremezclarse ambos tipos, ya las instituciones no se corresponden con los principios, ni las éticas con las normas morales o éstas con los comportamientos, pasando a predominar la ética de la intersubjetividad por encima de la tradición, la religión o los principios absolutos inamovibles.

Es decir, la presencia de este tipo societal introduce procesos profundos de desnormativización de la sociedad, que apuntan al problema futuro de la renormativización, donde ética y moral rompen su coherencia y seguridad, y donde los principios que constituyen las instituciones, dejan de ser expresados por las instituciones. La familia, que nunca fue la célula básica de la sociedad, porque ésta no tiene células, deja de ser el lugar único donde se exprese el amor, la reproducción incluso. La educación deja de ser el lugar único donde se transmite la herencia cultural, donde se forma la gente para el trabajo o la ciudadanía. Tendremos así, por ejemplo, instituciones distintas a la familia que conocemos y sistemas educacionales diversificados, no por nivel sino por función educativa.

Dicho de otra manera, los distintos principios que emergen en el contexto de la sociedad post-industrial globalizada no tienen hoy todavía instituciones que los expresen. ¿Cómo se expresa la ciudadanía en el mundo, frente a los medios de comunicación, o en la relación de género? ¿Con el voto, con el sindicato, con el partido, con el habeas corpus, que eran los tipos de instituciones de la sociedad industrial de Estado nacional?

Todo lo anterior implica que este tipo societal no constituye por sí mismo una polis, no tiene un «centro», no hay propiamente un Estado. Precisamente, porque no se corresponden economía, política, cultura y sociedad. Por supuesto que hay Estados en las sociedades históricas concretas y que el problema principal del presente y el futuro es su reconstitución o recomposición, como veremos más adelante. Pero esta nueva dimensión parece, por un lado, sobrepasar al Estado: pensemos en la especie de sociedad civil transnacional que se ha producido, por ejemplo, en todas las Cumbres a que han llamado las Organizaciones internacionales intergubernamentales y los propios Estados nacionales. O, por otro lado, no lo tiene como referencia de demandas, reivindicaciones o eje del cambio social: pensemos en las acciones de los movimientos sociales basados en identidades adscriptivas o los públicos y las múltiples expresiones de subjetividades individuales que no se orientan hacia el Estado.

Una buena ilustración de lo que estamos tratando de mostrar es la comparación entre lo que podríamos considerar los símbolos de ambos tipos societales. En el caso de la sociedad industrial más avanzada, lo fue el automóvil y la industria automotriz. Una de las más importantes, la General Motors, que congregaba más de seiscientos mil trabajadores le permitió a su presidente decir, «lo que es bueno para la GM es bueno para los Estados Unidos y viceversa», con lo que evidenciaba la identificación entre organización industrial, en este caso capitalista, y Estado nacional. Si tomamos ahora el caso de un típico producto simbólico de la sociedad post-industrial globalizada, como es el software y la industria de la computación, Bill Gates, cuya empresa Microsoft sólo cuenta con alrededor de quince mil empleados, al inaugurar mundialmente Windows 95, si hubiera dicho algo habría dicho algo así como «lo que es bueno para Windows o Microsoft (o sea para mí) es bueno para la humanidad».

En la sociedad industrial de Estado nacional, las formas de exclusión coincidieron con la dominación, la opresión, la explotación. En la sociedad post-industrial globalizada, además de aquel tipo de exclusión, pueden ser excluidos quienes han terminado su educación media, es decir, las exclusiones se juegan, además del nivel de acceso a las instituciones en el plano de la calidad de éstas. En la mezcla de los dos tipos societales, sigue habiendo explotación, por supuesto, pero ésta deja de estar asociada exclusivamente a opresiones o dominaciones. Pensemos en los millones de cesantes que anhelan «ser explotados», es decir contar con un trabajo y una remuneración.

Entonces, la exclusión tiene múltiples dimensiones y corresponde más bien al mundo de los que sobran, que puede llegar a ser un tercio, dos tercios de un país, como ocurre en varios países de América Latina. Hay que pensar qué significa la inclusión de estos sectores como imperativo ético en el plazo máximo de una generación: ¿hay agua o energía para ello y algún sistema económico o político-institucional que los pueda garantizar sin estallar o sin un cambio muy radical?

El principio de cambio, avance o transformación de este tipo societal ya no es el desarrollo concebido como crecimiento económico y distribución de sus beneficios, sino algo más complejo y multidimensional que lo incluye pero lo sobrepasa y lo redefine, y que puede enunciarse tentativamente como la calidad de la vida o la felicidad. Pero la calidad de la vida y la felicidad no tienen una definición objetiva en indicadores ni tampoco estructuras y actores claramente establecidos como en el caso del crecimiento económico, ni tampoco un solo locus, cual es la sociedad nacional, sino que combina conceptos universales (la globalización de los Derechos Humanos) con las propias percepciones y aspiraciones de los muy diversos grupos humanos. Ello implica de nuevo un desafío para los actores sociales pues no es posible que uno sólo exprese o encarne este principio como el movimiento obrero o empresarial o el Estado podían expresar el principio de desarrollo económico. Así, junto a la integración y la igualdad, aparece como principio básico en este tipo societal la cuestión de la diversidad cultural y de la interculturalidad en una misma sociedad-polis.

Si en la sociedad industrial de Estado nacional existieron utopías, que se llamaron capitalismo, socialismo, democracia, etc., y que se definían en términos de modelos de desarrollo, las utopías de la sociedad post-industrial globalizada, que co-existen con las de la sociedad industrial en las sociedades históricas concretas, son la utopía de género, ecológica, la utopía de la aldea global — que es un sin sentido— la utopía de la comunicación tipo Internet, el multiculturalismo o la expansión de las identidades. A diferencia de las utopías de la sociedad industrial nacional, estas utopías actúan como principios de corrección y transformación, como utopías parciales que inspiran políticas concretas. Ellas replantean drásticamente el concepto de desarrollo que ya no tiene como eje el crecimiento económico y las nuevas formulaciones en torno al «desarrollo humano» dan en parte cuenta de este aspecto. Pero tales utopías tienen un déficit insalvable en lo que se refiere a la configuración o construcción de un tipo de sociedad especialmente en lo que se refiere a su organización económica y política.

Llamar «post moderno» a este tipo societal post-industrial globalizado, nos parece un error, porque la cuestión esencial de la modernidad, cual es la constitución de sujetos, sigue vigente, sólo que ello se hace con una expansión de las vertientes expresivas y de memoria colectiva más allá de la vertiente puramente racionalizante de la sociedad industrial de Estado nacional. Es decir, en este tipo societal (y piénsese en la informática o en la importancia de la ciencia, la información y el conocimiento) se exagera la vertiente racionalista, pero también la subjetividad de las pulsiones y emociones y las identidades «esencialistas» o históricas constitutivas de sujetos. Como nos recordara Kundera, la modernidad no nace sólo con Descartes, sino también con el Quijote y la novela. Estamos frente a un tipo societal enteramente moderno, donde incluso los elementos adscriptos, tradicionales o religiosos tienden a desprenderse de su dimensión natural, atávica y meta social y a constituir sujetos históricos. Sólo que se trata de un tipo de modernidad distinta: modernidad post-industrial globalizada y no modernidad industrial de Estado nacional. Más adecuado, sin embargo, es hablar en plural, porque estamos frente a la sustitución de «la» modernidad por las modernidades o diversos modelos de modernidad en diversos tiempos y espacios socio-históricos.

Finalmente, si la sociedad industrial tuvo un modo de conocimiento de ella misma, las Ciencias Sociales (la economía política, la sociología, la ciencia política), la sociedad post-industrial globalizada no ha producido aún un tipo particular de ciencia. Pero, lo que parece claro es que el modo de conocimiento de las nuevas sociedades que se configuran por entremezcla de diversos

tipos, ya no puede ser el mismo. Es decir, ya no podemos pensar, por ejemplo, en la sociología tal cual la conocemos, pues ella es impensable sin el concepto de clases sociales o en sociedades en las cuales no existe el trabajo como el principio estructurador. A estas alturas se tienen que crear otras categorías sociológicas o de Ciencias Sociales, cercanas a campos autonomizados, como son, por ejemplo, la comunicación, la educación, la ecología. Es decir, el advenimiento de un nuevo tipo societal, aun sin desaparición del que le dio origen, altera enteramente el paradigma de las Ciencias Sociales. En la actualidad existen distintas disciplinas, distintos paradigmas, pero ellos están en construcción y es muy probable que tengamos a la larga, dos: uno, más ocupado de lo psicosocial, de lo micro, y, otro, macro que podría cumplir la función de la sociología.

Un nuevo tipo de cambio y desarrollo

Pero no sólo estamos frente a una transformación del tipo societal referencial en todas partes del mundo, es decir, del tipo de modernidad. También lo estamos frente al modelo de desarrollo o de modernización o del tipo de cambio social.

De algún modo llega a su término como tipo único, el modelo de desarrollo propio de este siglo, en sus distintas variantes (capitalismo, socialismos, social democracia, nacional populismo, estatismo nacionalista, etc.), basado en el eje de la industrialización a través de los Estados nacionales, movilizados de recursos y de actores sociales endógenos disputando los beneficios de ese desarrollo y el control de dichos Estados. Las fuerzas transnacionales de mercado penetrando los Estados pasan a ser ahora uno de los ejes centrales del desarrollo y frente a esto la tarea fundamental es la reconstrucción de la capacidad de las sociedades y del Estado de controlar dichas fuerzas, regularlas y someterlas.

El modelo a base de Estados nacionales en torno a los cuales se constituían grandes actores sociales, era por definición integrativo, aunque sus modalidades produjeran segmentaciones, exclusiones, marginaciones y explotaciones. Pero en torno a sus espacios básicos, las ciudades, las industrias, las instituciones educacionales, el Estado mismo, se integraban sectores que podían organizar acciones colectivas, elaborar proyectos, representar sus intereses. Por el contrario, el modelo de desarrollo centrado en las fuerzas transnacionales de mercado es por definición desintegrador, expulsa, margina, atomiza, reduce y elimina los espacios de constitución de actores sociales. Es decir, desaparecen los elementos de protección ante el cálculo y avasallamiento de fuerzas que se presentan como meta-sociales. Ello es complementario con el fenómeno ya señalado de la exclusión social. Lo repito simplemente: estamos en presencia de formas de exclusión que no tienen que ver sólo con la dominación o explotación sino con la expulsión y la sobrevivencia y frente a las cuales no se cuenta ni con ideologías ni con organizaciones que den cuenta de ellas para superarlas.

Si la cuestión central que planteaba el modelo de desarrollo a base de los Estados nacionales fue autonomizar la economía del predominio de la política y generar los espacios de mercado, la del nuevo modelo que tiende a imponerse con las crisis mundiales de los setenta y ochenta, con los ajustes estructurales y con procesos de globalización básicamente financiera, pone en el tapete, en cambio, el control de la economía por la política.

Tal tarea exige la recomposición de los Estados nacionales, pero plantea también el problema de los gobiernos supranacionales a escala regional y planetaria. La reconstrucción de los Estados nacionales, la constitución de bloques geo-culturales de desarrollo y la construcción de la polis mundial, que complementen sin reemplazar a los Estados nacionales, serán los problemas centrales del próximo siglo.

Conclusión. La repolitización de la vida social

Vale la pena insistir en que no estamos frente a la desaparición de la sociedad industrial de Estado nacional ni de sus instituciones ni del Estado ni menos de la política sino frente a una profunda transformación de ella en la medida que deja de ser el tipo societal único o que sintetiza a los otros. Tampoco puede intentarse dar cuenta de toda la diversidad de fenómenos sociales y de opciones de marcha y contra marcha abiertas a la humanidad con el instrumento intelectual de los tipos societales y de cambio en los modelos de desarrollo que hemos utilizado. Sólo logramos captar problemáticamente algunos de estos fenómenos y temáticas emergentes. Nuestra caracterización nos muestra precisamente que todo es hoy menos previsible que en el pasado, porque no hay una o una bipolaridad de opciones sino múltiples direcciones abiertas.

El segundo milenio fue un proceso de surgimiento y construcción de sujetos, del individuo, las clases, los actores identitarios de diversa especie, de construcción y desconstrucción de bloques que culminaron en Estados nacionales y en la globalización, de advenimiento, en suma, de lo que llamamos la modernidad. ¿Qué pensar del futuro, de una humanidad que parece haber vivido ya todas las experiencias imaginables, donde lo nuevo es lo único institucionalizado, de modo que ya nada provoca encanto o asombro?

La pregunta sociológica fundamental al cambiar el siglo e iniciarse un nuevo milenio, y sólo podemos hacer preguntas, es ¿necesitamos sociedades?, ¿podrán ellas actuar sobre sí mismas?, ¿predominará la idea aberrante de la «aldea global» o hay la necesidad de un espacio de sentido y comunicación, poder e interacción, conflicto y cooperación, entre los individuos y sus pequeñas tribus cercanas, por un lado, y el mundo globalizado de autopistas y mercados de todo tipo que los avasallan, por el otro?

Si hay la necesidad de estos espacios y si la humanidad puede hacer el acto voluntario de crearlos, entonces, asistiremos necesariamente a una redefinición y reformulación de la misma problemática de la historia de este siglo y de este milenio: la construcción de polis y de sujetos-actores en los distintos niveles de la vida social (local, nacional, supra-nacional y global). Sólo que en otro contexto tecnológico, del conocimiento y la comunicación y en el seno de múltiples modelos de modernidad, por lo que la aventura no será una mera repetición.

Y ello significa, a diferencia de lo que nos dice la prédica tecnocrática o fundamentalista de hoy, no otra cosa que la primacía de la política y la repolitización de la vida social en un marco ideológico, cultural e institucional que aún no conocemos.